

ISSN: 0120-5587

E-ISSN: 2422 3174

ENERO-JUNIO

EDICIÓN
87
2025

REVISTA
**Lingüística
Literatura**



El «Ser Otro» y la emancipación de la mujer

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n87a15>

Laura del Mar Zamudio Giraldo

Universidad del Tolima

lauragiraldo087@gmail.com

El matrimonio es un vínculo determinante en el individuo porque repercute en las formas de vida, comportamientos y perspectivas, afectando así, el desarrollo de la identidad personal y la autenticidad del ser. En la novela *Los días del abandono* de Elena Ferrante, se representa desde la separación de Olga y Mario, la pérdida de la identidad de la mujer y el abandono de sí misma que ocurre durante el vínculo matrimonial y cómo este afecta el reconocimiento del ser propio y el desarrollo del sujeto individual.

Recibido: 11/09/2024

Aprobado: 21/10/2024

Publicado: 01/01/2025

Simone de Beauvoir (1949) analiza que, históricamente, la mujer ha sido entendida como un *Ser Otro*, desde perspectivas como la de Aristóteles quien decía que la mujer es, en virtud de cierta falta de cualidades; o también, como la de Santo Tomás, quien resolvió que la mujer es un hombre fallido, queriendo mencionar que el hombre define lo absoluto como sujeto dotado de capacidad y autonomía, a diferencia de la mujer la cual no es en sí misma, sino en relación con el varón. Como consecuencia, la construcción histórica que se conforma mediante dichas perspectivas, ha generado en la sociedad una división significativa de géneros, pero, sobre todo, una invisibilización de la mujer sobre sí misma y una incompreensión de su propio ser femenino.

En la novela, tras el abandono de su esposo, Olga se dice a sí misma: «Cuando no puedes retener a un hombre, lo pierdes todo» (Ferrante, 2002, p. 10), destacando con ello la ausencia de una identidad, la pérdida de su ser interior; más aún, las palabras que utiliza reflejan un lenguaje de emociones que la hacen actuar fuera de sí misma, que le impiden reconocerse como mujer independiente de su vínculo matrimonial. Siguiendo a Beauvoir, Olga es un *Ser Otro* que se comporta y actúa con relación a la figura que representa Mario en el hogar. Desde la novela, el *Ser Otro* de la mujer es un resultado de los constructos creados durante el matrimonio, los cuales reducen la individualidad y limitan desde los roles establecidos para cada género, comportamientos y formas de actuar e interpretar lo de fuera pero también, lo íntimo y personal.

Por su parte, Simone de Beauvoir (1949) afirma que «condenada a representar el papel del Otro, la mujer estaba igualmente condenada a no poseer más que un poder precario: esclava o ídolo, jamás ha sido ella misma quien ha elegido su suerte» (p. 35). Lo dicho por Beauvoir se entiende desde el lugar que representa Olga en su matrimonio, el cual la ha relegado de su propia autonomía, de su libertad y a su vez, le ha impedido conocerse y manejar sus emociones; es por eso que cuando Mario la deja, ella no se reconoce o solo lo hace desde la figura que él representa. A consecuencia del desconocimiento de su ser femenino, se identifica como mujer esposa únicamente a través de él, quien representa lo racional, el hacer, el producir, y cuando este se marcha, se aleja con todo aquello, dejándola deshabitada de sí misma.

A pesar de que Olga es una mujer que huye de su libertad y se comporta desde un lugar pasivo e inferior desde el reflejo de la inseguridad, la inutilidad del ser, la rabia, la incompetencia en acciones

elementales y los constantes recuerdos de Mario que inundan su mente y su casa; poco a poco recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo a través de procesos de concientización. En un principio Olga se recordaba a sí misma, «debía mostrarme fuerte, serlo, dar una buena imagen de mí. Solo me salvaría si me imponía esa obligación» (Ferrante, 2002, p. 14), sin embargo, el camino transcurrió entre su lenguaje grotesco, la destructiva relación con sus hijos, con su perro, la frustración y las malas decisiones. Solo después de experimentar todo aquello, se concibe a sí misma y gradualmente recupera su identidad, su ser mujer y reconoce la influencia de su familia, de su madre, del recuerdo de “La Pobrecilla” y de todo eso que no la deja ser ella y escribir, vivir en el presente y darse la oportunidad de la soledad.

Olga representa una mujer que se encuentra represada en sí misma durante el matrimonio, una mujer que se entrega al cuidado del hogar mientras su esposo se dirige al trabajo, entabla relaciones sociales, obtiene conocimientos e ingresos económicos. En este panorama no es posible el desarrollo de la mujer, de su libertad, de conformar su identidad o conocer sus comportamientos fuera del matrimonio; de manera que cuando se enfrenta a ello, a su soledad y a sus propias dinámicas, se extraña a sí misma, enfrenta procesos de reconocimiento, de conciencia y de necesidad de cambio que le permiten conocer sus capacidades de emancipación y libertad. Siendo así, la experiencia del matrimonio como un proceso fundamental para la vida del individuo, nace de la influencia familiar y los proyectos de desarrollo impuestos al ser humano desde su infancia.

Según Infante y Martínez (2016) la familia implica un ambiente favorecedor para el desarrollo del individuo porque repercute en la conducta y en el desarrollo personal, pero también, en las formas de vida y la identidad que el individuo construye durante su crecimiento. Desde la obra de Ferrante se representa la incidencia que tiene la familia en las maneras de entender y asumir las pérdidas matrimoniales; específicamente cuando Olga recuerda a “La Pobrecilla”, una mujer abandonada por su esposo quien refleja la pérdida del matrimonio y la separación como una ausencia significativa para la vida de la mujer.

La narrativa de Ferrante explica, desde dicha situación, la importancia que tiene fortalecer lazos personales consigo misma desde la infancia y entablar un ambiente sano en el que se construyan dinámicas de reconocimiento de sí, de la identidad personal, evitando con ello, la representación de la pérdida o el fracaso matrimonial como

una ausencia perjudicial para el desarrollo y la identidad de la mujer. La obra enfatiza sin duda en el abandono que la mujer experimenta de sí misma durante la separación y la incidencia de sostener el vínculo pese a cualquier situación de duelo.

Con relación a la maternidad, el rol de la madre ha tenido influencia desde discursos científicos, religiosos y políticos, los cuales constituyen para la mujer una responsabilidad fundamental que garantiza el bienestar del niño o de la niña; específicamente es «concebida la madre como irremplazable en su función de crianza» (Peñaranda, 2011, p. 953) restando así importancia al rol del padre y normalizando su ausencia permanente o paulatina. Tal planteamiento no se aleja de la realidad de Olga, pues cuando Mario decide dejar su matrimonio, es ella quien debe ponerse al frente de las actividades de crianza y de mantener en equilibrio sus necesidades y requerimientos primarios; pero Olga «quizá estaba demasiado cansada para mantener el mundo entero dentro de su orden habitual» (Ferrante, 2002, p. 57). Quizá el duelo de la pérdida no le brinda la posibilidad de pensarse como madre o mujer, sin embargo, debe asumir su rol mientras Mario, despreocupado de la situación, se ocupa de sí mismo.

Esta es una realidad presente en la literatura, como es el caso del ensayo *Contra los hijos* (2014) de Lina Meruane, quien en realidad habla «contra los cómodos cómplices del patriarcado que no asumieron su justa mitad en la historia gesta de la procreación» (p. 2). También se encuentra *Piel de Lobo* (2016) de Lara Moreno, quien nos presenta el efecto de la pérdida del hogar en medio de la maternidad desde la historia de Sara, una mujer ocupada todo el día en ser madre, quien no tiene tiempo de jugar con su hijo porque el tiempo se consume entre pensar o recordar, asumir la destrucción de su libertad y la melancolía, la incapacidad para el enfrentamiento y el deterioro. Por último, la perspectiva de Silva Federicci (2010), quien menciona que la maternidad y la conyugalidad se componen como las esferas vitales que organizan y conforman la vida femenina, explicando así el estereotipo de cuidadoras infundado a la mujer, independientemente de su deseo de maternidad o de su condición para serlo.

La realidad de Olga es también la de Sara y la de tantas otras mujeres de la literatura quienes representan una maternidad que no se frena ante las emociones, pérdidas, soledad o poca cordura; y en sintonía con ello, una paternidad ausente y desvinculada de su papel natural. Es la mujer la que no puede vivir su duelo por el hecho de ser

madre, su actitud colérica evidencia la necesidad de expresar su rabia y, sobre todo, frente a un contexto que no le brinda la forma de hacerlo; a cambio, protagoniza el silencio en espacios de apoyo y acompañamiento que tienen como consecuencia la torpeza, la ignorancia, la falta de inteligencia emocional, el abandono de sí misma. En palabras de Olga, ella ya «no soportaba la soledad. Necesitaba hablar con alguien, pelearme, gritar... Maraña de rencores, deseo de revancha, necesidad de poner a prueba el poder ofendido de mi cuerpo, quemando la poca cordura que me quedaba» (Ferrante, 2002, p. 29); así, se exaltan las emociones profundas que experimentan mujeres como Olga y Sara, quienes se ven obligadas a silenciar su dolor y rabia en espacios que no les permiten expresarse libremente.

Por otro lado, Le Breton (2012) enuncia que las emociones que el individuo experimenta no tienen naturaleza en sí misma sino en las condiciones sociales de existencia y los cambios fisiológicos y psicológicos. En esa medida, las emociones desbordadas de Olga son el resultado de los recuerdos de su infancia, de la sensación de abandono que le produce su divorcio con Mario, de su despersonalización de ser madre y desde las palabras grotescas de su madre. Todo ello inunda su mente, su espacio personal, sus intermitentes reflexiones, sus deseos de encontrarse, de disfrutar del sexo, de escribir, de volver a ser, y así, desarrollar su identidad, autonomía, libertad, conciencia y su anhelo de verse en su propio cuerpo. Las emociones se transforman continuamente, se extienden por todos los comportamientos del individuo: representan sus silencios, sus situaciones y experiencias, en esa medida, el individuo consigue construir acciones, formas de ver y de comprenderse, de entablar relaciones, de superar duelos y de incluso, entablar formas de comunicación consigo mismo.

Este proceso de transformación que experimenta el individuo, le permite ser consciente de la irracionalidad de sus acciones y de emociones negativas que obstruyen la lógica de desarrollo personal; en ese diálogo que Olga construye consigo misma, se entabla simultáneamente una perspectiva distinta de sus recuerdos, de sus capacidades y de la visión de mundo, de manera que se reconstruyen los significados que daban acción a su existencia; con ello, se identifican entonces nuevos valores, rituales, procesos de liberación y afecto haciendo que el individuo pertenezca a la cultura, participe desde sus competencias y recobre entonces expresiones, lenguaje, conciencia y formas de interacción.

Como resultado del mundo hostil y represor de la autonomía femenina, se crea una necesidad de liberación y emancipación propia de la mujer mediante prácticas, discursos y procesos de reconocimiento. Desde Beauvoir (1949), la mujer como *Ser Otro*, constituida como objeto, como “no sujeto mujer”, tiene la posibilidad de construirse como “sujeto mujer”: emancipatoria, autónoma, libre, soberana y ama de sí misma. No obstante, es fundamental que la mujer sea consciente de su libertad carente, del ser que se destruye en medio de la imposición y de su necesidad de trascender desde la autenticidad, su naturaleza, capacidad y fuerza. Desde esta posición, Olga se crea poco a poco en medio de la sensibilidad que le produce la pérdida, el olvido de sí misma y el no poder pensarse diferente e independiente; es así como se da la oportunidad de escucharse, de escuchar al otro, de contar sus experiencias con un lenguaje provechoso, edificante, que le ayuda a entablar relaciones, ser escuchada y así, liberarse del dolor, de Mario y del mundo que conoce únicamente a través de él.

Olga se menciona a sí misma: «Tengo que aprender —me dije— el paso tranquilo de quien cree saber hacia dónde va y por qué» (Ferrante, 2002, p. 91); como resultado, Olga convierte la subordinación de su ser en una libertad concreta, encaminando así nuevas acciones, permitiéndose mejores condiciones de existencia, libertad sexual y nuevas relaciones desde sus propias decisiones. Es de este modo que la mujer se brinda una oportunidad a sí misma, se desarrolla en medio de sus recuerdos, iniciativas, relaciones y habilidades para entonces reflejar nuevas perspectivas, saberes y comportamientos. El acto de emancipación conforma a la mujer dueña de sí misma, capaz de comprender el mundo desde su propia lectura, interpretación, visión y saber; se percibe en Olga una maternidad deseada, consciente y constructiva para ella y para sus hijos; es así como la mujer se habita y se vincula nuevamente con su dignidad, identidad y naturaleza, se libera del *Ser Otro* y se construye como sujeto igual, responsable de sí, activa y constructiva de su propia realidad.

En suma, *Los días del abandono* representan la transición de la mujer desde el *Ser Otro* al Sujeto mujer emancipado, atravesando con ello, la imposición y la pérdida de sí a causa del matrimonio, la familia y su infancia. Se establece una mirada al manejo de las emociones, la incidencia que tienen las condiciones sociales, el contexto y la experiencia en la forma de ser del individuo, su espacio y, sobre todo, en las relaciones que entabla con los hijos, con los vecinos y consigo misma. Surge entonces su necesidad de emanciparse, de liberarse de

la culpa, de la pérdida y del abandono; poco a poco consigue hacerse cargo de sí misma, de su ser madre y mujer, de su identidad y visión del mundo; experimenta así una transformación íntegra y personal que se evidencia sin duda en sus hijos, en su entorno, convirtiendo su pasado en una posibilidad de realización para un futuro en el que ella esté siempre presente en sí misma.

Referencias

- Beauvoir, S. (1949). *El segundo Sexo*. <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/comyddhhlic/wp-content/uploads/sites/152/2020/08/7-De-Beauvoir-Simone-El-segundo-sexo.pdf>
- Federicci, S. (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Ferrante, E. (2002). *Los días del abandono*. Edit. Epublibre.
- Infante, A. y Martínez, J. (2016). Concepciones sobre la crianza: el pensamiento de madre y padres de familia, *Revista Liber*, 22(1), 31-41. <https://ojs3.revistaliberabit.com/index.php/Liberabit/article/view/29/19>
- Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10(4), 69-79. <https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/239/236>
- Meruane L. (2014). *Contra los hijos*. Edit. Tumbona. https://www.capegox.org/uploads/1/3/1/9/131934518/contra_los_hijos.pdf
- Moreno, L. (2016). *Piel de lobo*. Barcelona: Lumen.
- Peñaranda, F. (2011). La crianza como complejo histórico, sociocultural y ontológico: una aproximación sobre educación en salud, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 9(2), 945-956. <https://www.redalyc.org/pdf/773/77321592030.pdf>